

Resolver el problema, valorizar los recursos

Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

En este mes la Iglesia, por expresa voluntad del Papa Benedicto XVI, llama «la atención de la opinión pública sobre los problemas ligados con la dificultad mental, que afecta a un quinto de la humanidad y constituye una real y verdadera emergencia socio-sanitaria». Con estas palabras el Santo Padre formula esta invitación desde el comienzo de su mensaje para la XIV Jornada Mundial del Enfermo, que se celebra el 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes. El estilo ejemplarmente conciso, pero al mismo tiempo completo y profundo nos ofrece algunas ocasiones de reflexión.

En primer lugar sobre las causas. «La prolongación de conflictos armados en varias regiones de la tierra, el acontecimiento de terribles catástrofes naturales, la expansión del terrorismo —escribe el Papa— además de causar un número impresionante de muertos, han generado en no pocos supervivientes traumas psíquicos, de los que difícilmente se recuperan. En los Países que cuentan con un elevado desarrollo económico, los expertos reconocen también como origen de nuevas formas de trastorno mental la influencia negativa de la crisis de los valores morales». En el primer caso se trata de factores externos, de situaciones sufridas, de decisiones tomadas a expensas, o incluso contra la orientación de la opinión pública. En el segundo, se interpela, aunque sólo sea indirectamente, nuestra responsabilidad de creyentes, por vocación divina «luz del mundo y sal de la tierra». El Padre Pío vivía como la «an-

gustia más angustiosa» la preocupación «de no ganar a todos los hermanos para Dios».

El Papa analiza el problema también desde el punto de vista político y social: «En muchos Países aún no existe una legislación al respecto y en otros falta todavía una política bien definida sobre la salud mental... Esto aumenta el sentido de soledad, minando e incluso disgregando las tradicionales formas de cohesión social, comenzando por el instituto de la familia y marginando a los enfermos, especialmente aquellos mentales, a menudo considerados como un peso para la familia y para la comunidad... En muchas partes del mundo los servicios a favor de estos enfermos son carentes, insuficientes o en ruina. El contexto social no siempre acepta a los enfermos de mente con sus limitaciones, y también debido a esto hay dificultad para lograr los necesarios recursos humanos y financieros». Son situaciones lejanas de nuestra experiencia de cada día, pero dramáticamente reales, difíciles de olvidar, cuando se han visto con los propios ojos. Yo mismo he sido testigo directo en el mes de diciembre último durante las fiestas del 40º aniversario de nuestra misión en el Chad. En una fosa, fuera de la zona habitada, habían sido confinados algunos muchachos epilépticos, rechazados por las familias, reducidos a vivir como animales. Por esto Benedicto XVI recomienda «sostener con iniciativas concretas, a las familias que tienen a su cargo enfermos mentales, a favor de los cuales auspicio que aumente y se difunda la cul-

tura de la acogida y de la participación, gracias también a leyes adecuadas y a planos sanitarios que prevean recursos suficientes para su aplicación concreta».

Finalmente encontramos una exhortación que nace de la pluma del Papa teólogo: «Deseo dirigirme ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas afligidos por la enfermedad, para invitaros a ofrecer junto con Cristo vuestra condición de sufrimiento al Padre, con la seguridad de que cada prueba acogida con resignación tiene merecimiento y atrae la benevolencia divina sobre toda la humanidad». Una afirmación, ésta, que refleja de modo límpido la experiencia espiritual de San Pío de Pietrelcina que, consciente de que el sufrimiento «es un rasgo de la inefable caridad de Jesús», aseguraba a una hija espiritual, gravemente enferma: «Él quiere tomar posesión perfecta de vuestro corazón y lo desea traspasado de dolor y de amor como el suyo». Y después añadía: «Hace bien al desear sufrir incluso físicamente». El mismo Padre Pío se ofreció como víctima «por los pobres pecadores» y renovaba su ofrecimiento a Dios «muchas veces al día».

Iluminados por esta triple invitación que nace de la enfermedad, a la difusión de los valores, a la solidaridad y al ofrecimiento del propio dolor como forma más sublime de oración, nos preparamos a celebrar el 50º aniversario de la «Casa Sollievo della Sofferenza», el hospital concebido por nuestro venerado hermano exactamente como monumento, vivo, a la caridad para con quien sufre. ■